

Allison Dickson



LA OTRA

SEÑORA

**Mantén a tus enemigos cerca,
y a tus vecinos todavía más.**

MILLER

m̄r

ALLISON DICKSON

LA OTRA
SEÑORA
MILLER

Traducción de José Darnaudes

mr̄ ediciones martínez roca

Título original: *The Other Mrs. Miller*

© Allison Dickson, 2019

© por la traducción, José Darnaude, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-270-4708-2

Depósito legal: B. 2.913-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Esta mañana, el coche azul está ahí de nuevo. Lo han aparcado un poco más lejos, en la misma calle: nunca repite lugar, pero siempre se halla al alcance de la atenta mirada de Phoebe. El viejo Ford Focus, con sus oxidados guardabarros y ese parabrisas roto que ni siquiera empleando unos potentes prismáticos permite ver al conductor, pasaría desapercibido en casi cualquier parte de Chicago. Pero en una tranquila calle de Lake Forest, donde un Land Rover de tres años se antoja una antigualla, resalta como un incisivo cariado en una hilera de immaculados dientes. La única pista para conocer la identidad del conductor es un imán, situado en la puerta del copiloto, donde se lee «Servicio Postal Ejecutivo», pero Phoebe aún no ha visto que haya hecho entrega alguna.

Phoebe no recuerda bien cuándo apareció el coche por primera vez, pero, tan pronto reparó en sus continuas visitas, comenzó a llevar un diario, a la manera del entrometido vigilante de barrio que tanto la hubiera irritado en otras circunstancias. En esa libreta hay tres columnas: una para cuando llega el coche, otra para anotar dónde aparca y otra para cuan-

do se marcha. Al principio, su aparición se antojaba más esporádica: quizá se dejaba ver dos o tres veces por semana, y su presencia allí se prolongaba como mucho una hora. Pero durante la última semana, el coche ha pasado por allí cada día, y no se ha movido en al menos tres horas, a veces incluso cinco, mucho más del promedio habitual en cualquier día laborable. Si su ocupante ha salido, aunque sólo sea a estirar las piernas, lo cierto es que Phoebe no lo ha visto. Se ha planteado preguntar a los vecinos la opinión que les merece ese intruso, pero, en los años que lleva viviendo en la casa, ha puesto poco de su parte para relacionarse con alguno de ellos.

No es que la gente no le guste. Es sólo que... bueno, quizá esa afirmación no esté tan lejos de la verdad. Las personas son como mulas de carga, siempre dispuestas a traspasarte el peso de sus expectativas. En especial si tu nombre te proporciona una pequeña posición social, por muy dudosa que dicha posición sea ahora.

Phoebe ha tratado de transmitirle sus inquietudes a Wyatt, su marido, pero Wyatt piensa que está actuando de un modo paranoico, tanto en lo que respecta al coche y sus recurrentes visitas como a lo que los vecinos puedan pensar de ella. Insiste en que no es más que estrés, que la presión mediática remitirá cuando algún otro se muera o se apresure a soltar alguna estupidez. Dada su profesión de terapeuta, la petulancia que muestra al decir tales cosas resulta tan excesiva que la deja sin palabras. El trasfondo, por supuesto, es que muy poco atareada estará a lo largo del día si un coche aparcado o un cotilleo imaginario son la clase de cosas que ocupan sus pensamientos. Es posible que a Wyatt no le falte razón, pero aun así Phoebe no puede evitar que le rechinen los dientes.

Llamar a la policía es una opción que se ha planteado unas cuantas veces, pero ¿qué va a decir? No vive en una urbanización privada. La gente puede entrar y salir a placer. Años atrás, una Phoebe menos devota de la reclusión habría mostrado un nulo interés en ocupar una fortaleza vallada como las muchas que hay por aquí, o, especialmente, como la sofocante finca con vistas al lago que su padre poseía en Glencoe. A Phoebe le atrajo la relativa normalidad de la casa, la generosidad con que esa propiedad de estilo Tudor, hasta cierto punto modesta, situada al final de una suntuosa calle sin salida, se ofrecía al mundo, allí donde sólo había un par de casas vecinas a no demasiada distancia, pero tampoco demasiado cerca. Esa accesibilidad ahora le está pesando de mala manera con el coche a la vista, pero por otro lado Phoebe no ha recibido amenazas ni extrañas llamadas telefónicas. Con lo único que cuenta es con sus conjeturas, todas ellas alimentadas por el cansancio, y ni siquiera tiene una descripción del conductor, de quien sí podría decir, con una seguridad del noventa por ciento, que se trata, o bien de una mujer, o bien de un hombre muy delgado, a juzgar en gran medida por su pequeña silueta. Aparte de ese detalle, las únicas cosas de las que puede hablar con cierta certeza son de la camisa azul claro y la gorra de béisbol, lo que parece indicar que se trata de un uniforme. «Porque probablemente no sea más que una puñetera conductora de reparto», piensa Phoebe, con la voz exasperadamente calmada de su marido. De manera que no, Phoebe no va a llamar a la policía. No hasta que tenga una buena razón.

Por supuesto, podría zanjar ahora mismo todas esas dudas. Bastaría con que saliera a la calle, se acercara al coche, diera unos golpecitos en la ventanilla y preguntara con ama-

bilidad a quien sea que esté allí qué es lo que quiere. Pero, con todo lo que ya tiene encima, no se siente capaz de soportar la idea de verse ni mínimamente humillada. ¿Y si resulta que, en efecto, se trata de un humilde cartero al que simplemente le gusta sentarse ahí durante sus pausas para poner en orden los papeles? ¿O un amigo de uno de esos vecinos a los que Phoebe ha ignorado durante años? Ya casi hasta los oye cuchichear: «Oh, ¿ésa? Ésa es Phoebe Miller. ¿No has oído hablar de ella? Bueno, seguro que sí que sabrás lo de su padre...».

Luego está lo que sería la peor de las posibilidades: que el mensajero sea en realidad un periodista al acecho, aguardando para sacar alguna foto poco edificante de la heredera de los cabellos alborotados en la cima de su paranoica desesperación. Al fin y al cabo, el público dejaría de funcionar sin su dosis habitual de placer carroñero. ¿Por qué no le iba a tocar también a ella estar bajo los focos?

Pero Phoebe, por otra parte, ha empezado a considerar una razón más probable que explicaría su inacción: observar ese coche se ha convertido para ella en un juego, un pico en lo que de otro modo sería la línea plana de su vida. Lo que esa persona oculta es muy posible que sea algo tan mundano que saberlo sólo servirá para aumentar su depresión, así que ¿para qué molestarse? No, mejor disfrutar de esa pequeña rareza. No durará para siempre. Nada lo hace.

Tras anotar la aparición del día, Phoebe regresa a la cocina para servirse otro café y centrarse en otros asuntos, como saber lo que Wyatt querrá para cenar, si piensa ver los capítulos que quedan de *Juego de Tronos* con ella o si ella puede adelantarse y tragárselos todos de golpe. Ah, qué vida tan glamurosa la suya. Ahora mismo Wyatt está dando cuen-

ta de un cuenco de cereales, y el ruido que hace la pone de inmediato de los nervios. ¿Siempre ha sido así o es ahora, al cabo de diez años, cuando empieza a darse cuenta?

Phoebe ha descubierto hace poco otros microhábitos suyos que la llevan a fantasear con la idea de atizarlo con una sartén de hierro, como una anticuada esposa de dibujos animados. Por ejemplo, cuando él finge estar a punto de reírse justo tras haber soltado un comentario del tipo pasivo-agresivo, lo que en las últimas fechas significa poco menos que cualquier cosa que sale de su boca. O la manera en que se chupa un dedo cada vez que pasa las páginas de una revista; Phoebe está segurísima de que hasta llega a oír su lengua recorriendo los surcos de las yemas de los dedos, y no puede sino marcharse de la habitación tan pronto lo ve arrellanarse con su *Newsweek* o su *Rolling Stone*. En un gesto mucho más típicamente masculino, Wyatt también ha empezado a dejar sus pelos en el lavabo del cuarto de baño después de limpiar la maquinilla eléctrica. Pero de todas las cosas que su marido ha encontrado para sacarla de quicio, Phoebe está convencida de que es todo ese jaleo que monta al sorber, masticar y emprenderla con sus comidas lo que ha hecho que al final se colme el vaso de su paciencia. No hace mucho ha leído un estudio según el cual existe una relación entre una mayor sensibilidad a los ruidos que se efectúan al comer y un mayor coeficiente intelectual. Phoebe está segura de que ahora mismo podría hasta solicitar su ingreso en Mensa.

Un único pensamiento la tranquiliza. En cuestión de minutos, Wyatt se irá a trabajar. No tardará en envolverla, como una mullida manta, el reparador silencio, y ella cerrará entonces todas las puertas, activará el sistema de seguridad y regresará a la cama, para tumbarse allí con los brazos

y las piernas extendidos a ambos lados igual que una estrella de mar. En algún momento, hacia el mediodía, se levantará, se pondrá su traje de baño y se llevará un libro y una botella de vino a la piscina. Dos horas antes de que Wyatt regrese a casa del trabajo, se vestirá como es debido y se cepillará el pelo, tratando de ignorar las raíces y las puntas abiertas que le han aparecido en los últimos meses, desde la última vez que visitó una peluquería. Se aplicará un poco de maquillaje con la esperanza de ocultar las arrugas, cada vez más marcadas, que rodean sus ojos, y de darle un poco de vida a su más y más amarillenta tez. Y se vestirá con una ropa algo más ajustada para apretarse ese trasero que no hace sino ensancharse.

Phoebe no recuerda que hubiera un día en el que empezó a descuidarse. Más bien siente que se ha tratado de una rendición gradual. Hace dos años no habría ni pestañeado siquiera ante la idea de pasarse horas en la peluquería, o de cubrirse el cuerpo con docenas de carísimas cremas y lociones concebidas para hacer creer a las mujeres que pueden dar marcha atrás a sus cuentakilómetros. Phoebe recuerda como si fuera hoy la época en la que se tiraba dos o tres horas al día en el gimnasio, mientras seguía cualquier dieta a la moda pensada para quemar el temido azúcar que coronaba las magdalenas cuando no se veía capaz de evitar Aquel Ingrediente Recientemente Vilipendiado. Esa versión de Phoebe, la Phoebe consentida y rellena de crema, no había sentido todavía el fracaso de los tratamientos de fertilidad. Tampoco había visto a ese padre al que se había pasado la mayor parte de su vida temiendo, odiando y amando en idéntica y dolorosa medida, morir de un cáncer de páncreas sobrevenido tan aprisa que ni siquiera le permitió despedirse ni disculpar-

se ante ella, como probablemente había pasado toda su vida confiando en hacer.

Ahora, tras la muerte de Daniel, Phoebe se parece todavía más a un bollo de crema: blanquecina y redonda como está, lo único que le falta es tener su dulzura. Cosa que hay que agradecerle en buena parte a las hormonas de fertilidad que han desbaratado su organismo, pero tampoco es que ayude mucho su régimen diario de helados y alcohol. Sin embargo, algo bueno sí le ha traído esta transición. Por ejemplo, Phoebe ha redescubierto los placeres de no tener hijos, y las ilimitadas oportunidades para leer al lado de la piscina y beber durante el día que eso le brinda. También ha encontrado el nirvana en el hecho de llevar pantalones de yoga sin necesidad de hacer posturas, la paz en ignorar las listas de ingredientes, en contar calorías y macros. Su sinónimo favorito para «serenidad» lo encuentra en el idioma francés: *cabernet sauvignon*.

Phoebe también se ha rendido a los encantos de la reclusión, un estilo de vida en el que las llamadas que recibe se pierden en el olvido de un buzón de voz ya lleno hasta los topes; un estilo de vida en el que los delitos cometidos por su padre no son más que un titular por el que pasa de largo en pos de algún otro estúpido juego de preguntas y respuestas que prometa decirle qué clase de queso es (gouda) o en qué país debería haber nacido (Suiza, neutral). Puede que Daniel Noble haya creado ese fondo de inversiones que a ella le permite llevar la vida que lleva, pero Phoebe no es responsable de lo que él hizo. En su opinión, la fortuna familiar es una recompensa más que merecida por haber tenido que crecer junto a ese bastardo.

Wyatt no parece haber reparado en la silenciosa trans-

formación de su esposa, y, si lo ha hecho, ha decidido ignorarlo. Pese a ser consciente de que ha perdido la fe en los tratamientos de fertilidad, todavía le pregunta si está ovulando antes de mantener relaciones, una pregunta que hubiera enviado la libido de cualquier persona normal a la línea de salida.

Después de desayunar, Wyatt enjuaga su cuenco y lo coloca en el lavaplatos. Al menos aún conserva algunas buenas costumbres. Pero no recoge las llaves. Y lo que hace es regresar a la mesa:

—Mi primera cita no es hasta las diez. ¿Te apetece que nos sentemos fuera un ratito?

Phoebe titubea. Esto sí que es raro. Incluso cuando a Wyatt le sobra tiempo por la mañana, lo normal es que lo pase en la oficina, poniendo al día su trabajo. Seguro que quiere discutir algo, lo que garantiza que acabarán riñendo por alguna tontería. Pero cuanto antes se pongan con lo que sea que Wyatt tiene en la cabeza, antes disfrutará Phoebe de su ansiada soledad. Así que accede y le sigue afuera, y se sienta en una de las alargadas tumbonas.

La decoración de su porche cubierto es más bonita que la que la mayoría de la gente tiene en sus casas: cuenta con una cocina completa, bar, y un sistema estéreo integrado. Unos calefactores de propano distribuidos por todo el perímetro les permiten ocupar este espacio, si así lo desean, hasta bien entrado el otoño, pero lo normal es que en octubre Phoebe lo empiece a cubrir todo otra vez. Esto es algo que antes podía entristecerla, pero ahora sólo tiene ganas de que llegue el invierno: es la época en la que el frío y la nieve de Chicago, famosos por su crudeza, proporcionan una barricada mucho más natural a su decisión de no salir al mundo exterior.

Wyatt ha traído su maletín, lo que lo asemeja más a un picapleitos que a alguien que transmite tópicos y positividad a divorciadas menopáusicas y a banqueros devorados por el estrés e incapaces de seguir adelante. Ahora que lo mira con más atención, ve que su camisa parece nueva y recién planchada, y nunca antes le ha visto esa corbata. Phoebe también repara en su pelo arreglado con esmero, peinado y alisado con cuidado con uno de los muchos productos que le ha comprado a lo largo de los años sin que él se haya molestado en usarlos. Su piel perfectamente lisa indica que se ha afeitado con una cuchilla en lugar de utilizar la maquinilla eléctrica. Por alguna razón, Wyatt quiere tener buen aspecto esta mañana, y eso a Phoebe no le gusta un pelo.

Wyatt es guapo en un sentido clásico. Mentón viril, cabello oscuro y unas pestañas tan espesas que casi se diría que lleva pintada una raya en los ojos. Esos ojos la atrajeron desde el primer día, durante sus años en Northwestern, cuando ambos, algo bebidos, intercambiaron una mirada en la casa de un amigo común que había organizado una fiesta para celebrar la Super Bowl. Por aquel tiempo —hace casi quince años, recuerda Phoebe con un escalofrío—, una cara bonita era todo lo que ella necesitaba para que su corazón comenzase a latir por cualquier tipo. Pero fue la inteligencia de Wyatt, mezclada con su sentido del humor y su gusto por las bromas, lo que hizo que Phoebe acudiese a una segunda cita y a muchísimas más tras aquélla. Tan lejos quedan ya esos días de sexo clandestino en lugares públicos, de colarse en fiestas y conducir la vieja Mitsubishi Eclipse de Wyatt por Lower Wacker en plena noche mientras se fumaban un porro, que a veces son sólo esos ojos lo que le recuerda que Wyatt estaba en las antípodas de todos los requisitos que había planteado

Daniel Noble para su futuro yerno. Un chico de clase media que no carecía de talento ni de ambición para entrar en una universidad prestigiosa como Northwestern pero que nunca consiguió terminar su doctorado.

—Creo que ha llegado el momento de que nos planteemos nuestro futuro —dice Wyatt, sentándose al lado de Phoebe.

Es difícil interpretar su tono, pero hay como un temblor apenas perceptible en su voz, lo que delata quizá su nerviosismo. Ella lo siente también en la boca del estómago, pero es hora de que reconozcan de una vez que se ha instalado entre ambos una profunda gelidez, que se remonta a mucho antes de la muerte de Daniel y al drama que siguió a aquel suceso.

Phoebe piensa de inmediato en sus cuatro intentos fallidos con la fecundación in vitro, pero sabe muy bien que es algo incluso muy anterior, y que tiene que ver con la principal razón de que se casasen: un inesperado signo positivo en la pantallita de una prueba de embarazo adquirida en una farmacia. Enormemente influida por su romance y por las hormonas del embarazo que ya empezaban a funcionar, Phoebe, durante treinta segundos, pensó en abortar, antes de cambiar ese pensamiento por algo mucho mejor: la posibilidad de contar con la clase de respetabilidad que acompañaba a su apellido. Un marido guapo, una preciosa casita en los suburbios y un bebé recién nacido para redondear la escena. Decidieron casarse en una ceremonia civil en el juzgado. De haber estado viva, aquello hubiera horrorizado a su madre, pero a Daniel pareció alegrarle haber evitado mayores gastos, en especial dados sus sentimientos cuando menos contradictorios hacia el novio. Recibió la noticia de que iba a convertirse en abuelo sin apenas reaccionar, pero pareció emocionarse un poco cuando supo que el bebé iba a ser un niño.

Por desgracia, aquel intento de vivir la felicidad doméstica que su madre había soñado para ella nunca salió de la rampa de despegue. Su hijo, Xavier Thomas Miller, nació muerto a las veintiocho semanas. Lo enterraron en una pequeña tumba que Phoebe no ha tenido el valor de volver a visitar desde el día en que celebraron la pequeña y tranquila ceremonia a la que sólo ella y Wyatt asistieron.

Pese a la pérdida, ambos siguieron relativamente bien durante unos años más. Wyatt obtuvo su licencia como consejero y comenzó a ejercer de terapeuta. Phoebe desempeñaba algún que otro trabajo en la compañía de su padre. También hacían la clase de cosas que las parejas sin hijos, libres de ataduras económicas, pueden hacer: viajes, ir a conciertos, adoptar alguna nueva afición que más tarde acababan por desechar, como la obsesión de Wyatt por fabricar su propia cerveza y las incursiones de Phoebe, mucho más caras, en el coleccionismo de arte moderno y la fotografía. Pero a medida que se acercaban a la treintena, esa pregunta sin responder de si debían volver a intentar formar una familia comenzó a resonar con más fuerza, y finalmente Wyatt lanzó esa pregunta sobre un *carpaccio* y unos cócteles mientras celebraban su octavo aniversario en Francesca's, su restaurante italiano favorito. Quizá fue el vino que le había calentado la sangre o el temblor de la luz de las velas en los ojos de Wyatt, pero el caso es que Phoebe se sintió lo bastante receptiva a la idea como para dejar de tomar sus píldoras anticonceptivas y ver adónde los llevaba la naturaleza. Al final, la naturaleza falló, e hicieron su aparición la fecundación in vitro y cuatro abortos sucesivos.

La salud cada vez más deteriorada de su padre facilitó que Phoebe echara por fin el freno. No era que los cuidados

paliativos que Daniel requería se hubieran convertido en su responsabilidad —todo un equipo de enfermeras se ocupaba de él día y noche—, pero sí era capaz de, al menos, reconocerse emocionalmente exhausta, y Wyatt dio su brazo a torcer. Interferir en la debacle de traer un niño al mundo acabó siendo una de las pocas cosas amables que Daniel hizo alguna vez por ella, aunque no hubiera sido algo intencionado.

Pero, para Phoebe, decirle a Wyatt que ya no quería seguir intentando tener un hijo había supuesto un punto de inflexión, y parecía que había llegado la hora en que los dos admitirían que había sido muy bonito mientras duró pero que era el momento de abandonar el tren. Casi quince años juntos, diez de ellos casados, es todo un logro. En especial en la familia de Phoebe.

Ésta suspira:

—Venga. ¿Cómo lo hacemos?

Wyatt parece un poco aliviado al abrir el maletín.

—Me alegra que muestres tan buena voluntad. Precisamente aquí tengo los papeles.

Vaya. ¿Ya tiene los papeles? Por más que esté poniendo de su parte, Phoebe no puede negar que se siente algo irritada al ver lo planeado que Wyatt lo tiene todo. ¿No hay que hablar de estas cosas antes?

El corazón se le para en seco al ver el mazo de coloridos panfletos que Wyatt saca del maletín y coloca sobre la mesa. Poco se parece a unos papeles de divorcio ese muestrario de coloridos folletos donde salen niños sonrientes contra un fondo de dorados soles, luminosos arcoíris y palabras tales como «esperanza», «oportunidad» y «familia». Todo esto suena a adopción, ese as en la manga que tienen las ricas cuyos úteros se muestran poco dispuestos a arrimar el hombro. El

comportamiento de Wyatt cambia de la solemnidad a la risa floja en un abrir y cerrar de ojos, mientras Phoebe siente como si tuviera fuego en el estómago. Tan segura se hallaba de que esa puerta no sólo estaba cerrada sino que además ya le habían echado cuatro vueltas de llave... Y, sin embargo, aquí está Wyatt contándole en los términos más explícitos imaginables que no ha dejado todo eso atrás, ni tiene intención de hacerlo. ¿Cómo pueden estar tan desconectados el uno del otro?

—Cariño, esto es perfecto para nosotros. Ya he hablado con la mujer que dirige Heart Source, y está impaciente por conocerte. Con nuestro historial, probablemente nos den un recién nacido la semana que viene. —Wyatt repara en la falta de expresión de Phoebe, y prosigue—: O, bueno, también podemos prescindir de lo del recién nacido y adoptar un niño algo mayor. Pasar por completo de la fase de cambiar pañales y las comidas en mitad de la noche. Eso es un plus, ¿no crees?

Phoebe quiere que a Wyatt se le apague la luz de la sonrisa de una vez por todas.

—Cuando dices nuestro historial, en realidad quieres decir mi historial. Mi apellido. Esa gente poco menos que vendería un niño a cualquier miembro de la familia Noble. ¿No es eso lo que insinúas?

—Mi amor, estos lugares actúan dentro de la legalidad y la ética. No se dedican a vender. Pero sí, seamos sinceros, tu apellido ayuda. No veo por qué tendríamos que avergonzarnos de ello. Debemos aprovecharnos de todo lo que pueda ayudarnos.

—¡Por Dios! Pero ¿es que no has visto las noticias? El apellido Noble está ahora mismo por los suelos.

Wyatt le dedica a Phoebe una mirada colmada de paciencia.

—Eso es lo de menos. El apellido Noble va más allá de tu padre. También eres tú, y los que vengan en la siguiente generación. Si lo piensas, esto incluso podría ser una manera de apaciguar un poco todo este desagradable asunto.

La cólera de Phoebe está en el punto de ebullición. Él ya ni siquiera la escucha, y es evidente que tampoco la ha escuchado antes, cuando le dijo que ya no podía seguir con esto. Quizá Phoebe no ha sido lo bastante clara, lo que a él le ha dado pie a creer que era una alternativa viable. Que en general había alternativas. Ahora no le queda más remedio que ser brutal. Tiene que hacer ver a Wyatt que no hay vida en ese camino, que ella ya se ha encargado de quemarla y echar sal a la tierra.

—No quiero esto —le dice.

Wyatt no parece desconcertado. Es como si ya hubiera anticipado tal respuesta cuando ensayaba esta conversación, porque es evidente que ha tenido que ensayarla, probablemente mientras escogía su bonita corbata nueva:

—Mira, sé que es un gran paso —explica—. Hemos pasado por muchas cosas, en especial en los últimos años, y sé muy bien que todo lo concerniente a Daniel te ha metido también a ti en un complicado bucle. Tienes miedo de que algo vuelva a romperte el corazón, pero en este asunto todo son ventajas. Al contrario de lo que sucedía con la fecundación in vitro. Esto es una oportunidad para empezar de nuevo, no sólo nosotros, sino también un niño que necesita un hogar. No sé cómo no se nos ha ocurrido antes.

Phoebe suspira y se aprieta el puente de la nariz:

—Corta ya de una vez el rollo de vendedor. Ya te he

dado mi respuesta. No quiero esto. No podría amar a ninguno de esos niños.

Aquí, Wyatt deja ver sus lastimosos ojitos de cordero, que sólo sirven para endurecer todavía más el corazón de Phoebe, por lo condescendientes que se muestran. Lo que dicen esos ojos es que Wyatt conoce sus sentimientos mejor que ella misma. Su padre la miraba de esa manera casi por sistema, incluso cuando Phoebe afirmaba que quería pollo para cenar en lugar de ternera.

—Pues claro que podrás, cariño. Crear lazos es siempre un proceso, incluso para los padres que tienen hijos biológicos, pero lo harás genial. Lo haremos genial. Estamos juntos en esto.

A Phoebe le cuesta mantener el contacto visual mientras se dispone a pronunciar las palabras definitivas. Pese a su ira, aún lo quiere lo suficiente como para no hacerle un daño innecesario. Pero a veces lo único que funciona es el dolor. Es la única sensación que obliga a los seres humanos a centrarse en lo que tienen delante. Phoebe está a punto de ser el manchurrón de grasa ardiente, el martillo sobre la uña del pulgar, el peldaño resbaladizo de la escalera.

—Tener hijos siempre fue más tu sueño que el mío. Pensaba que podía aprender a querer tenerlos tanto como tú, pero nunca lo logré, y...

«Vamos, Phoebe, sácalo.»

—Y me alegra que haya sido así. No soy una de esas mujeres que sueñan con ser madres.

Wyatt está esforzándose por mostrarse imperturbable, pero su semblante ha perdido el color, y no parece siquiera respirar. Sin embargo, a Phoebe le alegra que la verdad que ha estado abrigando en secreto durante todos estos años,

como una criatura abominable a la que nadie más podía amar, haya visto finalmente la luz.

—¿Y qué hay de Xavier? —pregunta Wyatt, y las palabras abandonan sus labios como perdigonadas y son lo único capaz de atravesar la burbuja de Phoebe.

Ésta traga saliva, apisonando esos recuerdos y, por si acaso, cubriéndolos con una espesa capa de piedra.

—Xavier está muerto, Wyatt. ¿Qué otra cosa se puede decir?

—Ya basta. No voy a permitir que lo despaches así. —De forma desordenada, Wyatt recoge los panfletos y se levanta de la silla. Entonces se detiene y la mira con el ceño fruncido—. ¿De qué pensabas que quería hablar contigo?

Phoebe baja la vista y se mira el regazo.

—Qué más da.

—Pensabas que iba a pedirte el divorcio, ¿verdad?

Ella se encoge de hombros, ya del todo exhaustas sus reservas para ser sincera y brutal. De todos modos, el gesto ya vale por respuesta.

Wyatt se marcha de allí sin decir una palabra más. Pero en vez de dirigirse a la puerta de la casa, desciende los peldaños que conducen a la piscina. Tras un momento de reflexión, arroja el montón de papeles en ella.